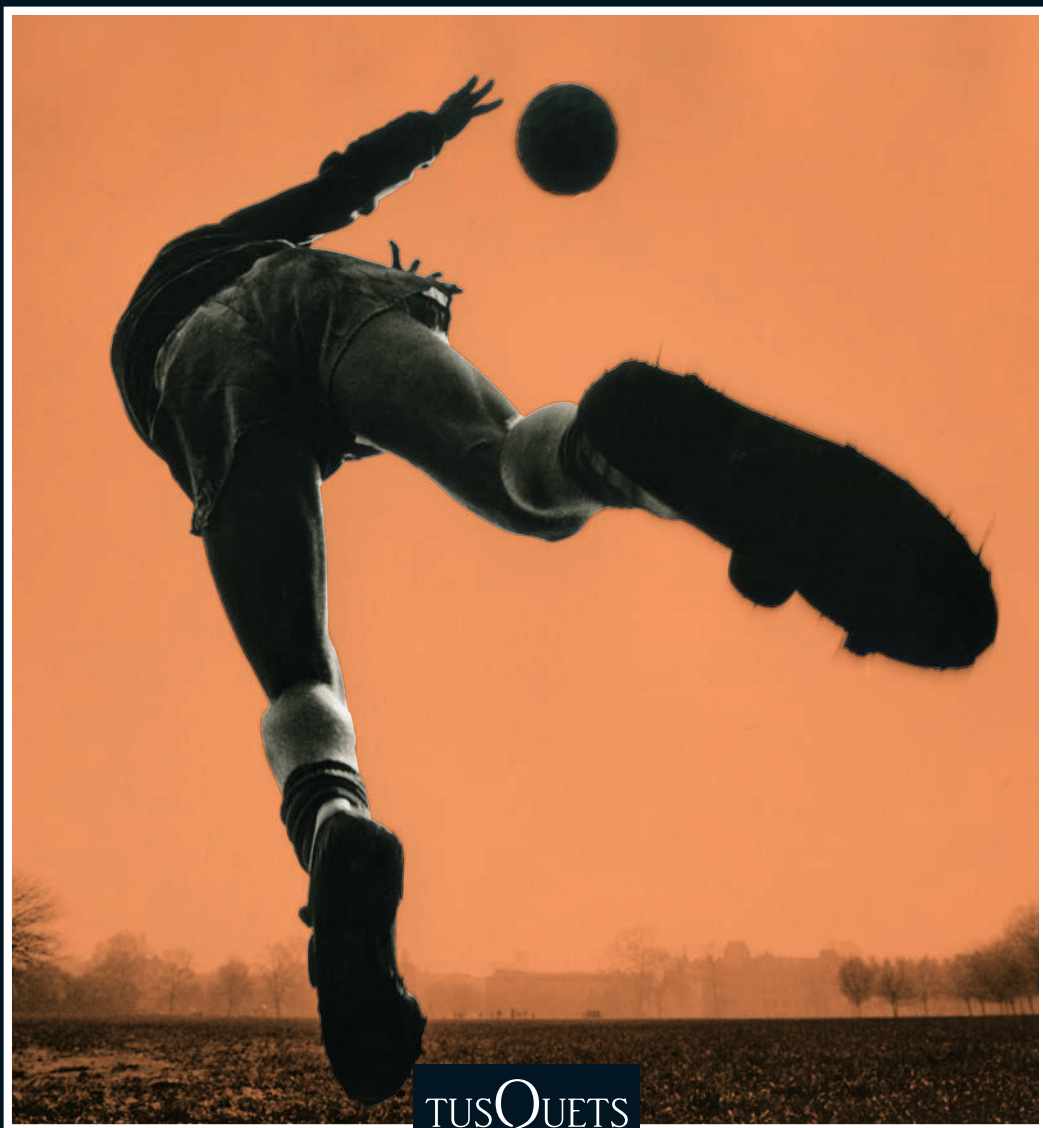


Carlos Marzal

NUNCA FUIMOS MÁS FELICES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CARLOS MARZAL
NUNCA FUIMOS MÁS FELICES

1.ª edición: octubre de 2021

© Carlos Marzal, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-980-8
Depósito legal: B. 12.543-2021
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Calentamiento	13
Primera parte	17
Segunda parte	203
Prórroga	477

El fútbol es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los profesionales del fútbol.

Es demasiado serio para dejarlo en manos de los futbolistas: por lo común, los futbolistas se limitan a jugarlo, a disfrutarlo, sin saber la importancia verdadera de lo que están haciendo. Ya se sabe: los pájaros no saben de ornitología. Es más, si un pájaro sabe de ornitología, se queda en el suelo leyendo tratados ornitológicos, y entonces viene un perro hambriento y se lo come. No hay que despistarse, no hay que perder de vista el verdadero objetivo en cada momento de nuestra vida, porque es un drama acabar engullido por un perro famélico, para después transmutarse en una deposición callejera que tarde o temprano pisará un paseante distraído.

A los futbolistas les basta con el placer, o con el oficio, con la propia inercia mágica del juego. No hay que pedirles reflexiones acerca de la sustancia. No saben nada de la Cosa en Sí: lo suyo es correr, pasarse la pelota y meterla en la portería contraria para ganar partidos. Que ya es bastante.

Es demasiado serio como para dejarlo en manos de los profesionales que revolotean en torno al fútbol, esa caterva de entrenadores, directivos, propietarios, periodistas, oráculos, ojeadores, captadores, exfutbolistas. Mi impresión general es que en el universo del fútbol la gente inteligente, cultivada, sensata, escasea más que en otros ámbitos, sobre todo en ámbitos en los que se maneja tanto dinero y tanta energía moral y sentimental de los habitantes del planeta. De ahí que, cuando aparece alguien con sensatez e inteligencia, destaque tanto por encima del resto. Los nuevos ri-

cos metidos a empresarios del fútbol, los viejos peloteros sin la EGB, los exfutbolistas con pasado glorioso enmohecido, los animales de bellota con ínfulas de Copa de Ferias, los pelmazos fundamentalistas del club de sus amores: hay mucho cateto sobrevolando el árbol del fútbol, el árbol del bien y del mal.

Es demasiado serio el asunto como para dejarlo en manos de los periodistas. En ningún ámbito informativo se mezclan tanto los simples datos con la simple opinión (y también con la opinión simple). En ningún ámbito informativo se hacen tan evidentes los amarillismos propiciados por las inclinaciones hacia los clubes, hasta el extremo de haber convertido la prensa deportiva diaria en un subgénero del tabloide o de la prensa rosa.

Salvo algunas honrosas excepciones —que existen, y que por eso refulgen—, el periodismo escrito deportivo suele ser un homenaje al anacoluto y a la efusión sentimental. Las diferentes tertulias futbolísticas de la tele no pasan de ser, por lo común, diminutos cónclaves avícolas para la promoción de la ideología gallinácea, contagiados, además, por las maneras de la peor prensa televisiva del corazón y la política, con su griterío y su cacareo de todos contra todos. Resultan adictivas, como la comida basura, pero no dejan de ser lo que son. Las consumo en pequeñas dosis, como algunas pequeñas dosis de las tertulias del corazón y la política (las de la política, a veces, no son tan pequeñas), y lo hago porque soy un vicioso, y para curarme de espanto mediante el espanto, que es un método como otro cualquiera de curación en los males menores.

Es demasiado importante el asunto como para dejarlo en manos de los aficionados al fútbol. Los aficionados suelen ser incondicionales, fundamentalistas, partidarios de su bando y enemigos del bando vecino. Buena parte de la pasión, tan colorista y colorida, depende de ellos, pero las pasiones, para resultar provechosas, conviene saber enfriarlas. Las barras bravas, los ultras, los *hooligans* constituyen manifestaciones excrementicias del fútbol, en todos los sentidos de lo excrementicio. Muchos clubes han dejado que se apoderen del fútbol estos individuos, los bolcheviques de turno, los nazis del presente (es decir, las masas violentas descerebradas sin destino concreto individual, que anhelan una causa ruidosa y con purpu-

rina —esos cretinos fosforescentes de cualquier época— que los agrupe bajo alguna bandera por la que matar y morir), y los clubes lo han consentido porque han estado dirigidos por individuos afines, pero con chaqueta, corbata y empresa constructora que sobornaba a la administración para la concesión de obras: rotondas, polideportivos y colegios.

Me gustaría que abundase la figura del «aficionado ilustrado», pero resulta difícil. Ese aficionado debería ser alguien a quien le gusta el fútbol más de lo que le gusta su equipo de fútbol, de manera que debería estar dispuesto a disfrutar del buen juego allí donde lo encuentre. Alguien a quien no le deja sin ganas de cenar la derrota del equipo del que es socio. Alguien que no grita, ni silba, ni insulta a los jugadores, porque sabe que jugar bien al fútbol resulta muy difícil, y que no hay ningún jugador, por lo común, que no desee jugar bien y ganar cuando está jugando. El aficionado ilustrado es alguien que no cree que el mero hecho de pagar una entrada le da derecho a comportarse como un energúmeno, y a purgar sus frustraciones mediante la catarsis dominical de la grada. El aficionado ilustrado es alguien que conoce en mayor o menor medida la tradición de ese deporte, que lo ha jugado con orgullo y agradecimiento, y que con agradecimiento y orgullo lo disfruta ahora por personas interpuestas.

El fútbol no tiene por qué no ser un humanismo, por ponernos sartreanos y trascendentes. El fútbol no tiene por qué no airear su trascendencia: trascendencia tal vez diminuta con respecto a otros asuntos y pareceres, pero todas las trascendencias, en definitiva, pueden resultar diminutas, según el parecer de quien las contemple. El aficionado ilustrado no solo debe ser un aficionado educado, sino un aficionado educándose, un aficionado que alimente el relato del fútbol, su tradición, sin la cual nada de este mundo alcanza la condición de mitología. Sin arte y sin literatura, nada de este mundo adquiere su estatura real, porque para adquirirla son imprescindibles la hipérbole, el cuento, la leyenda, y eso solo lo proporcionan la literatura y el arte.

El fútbol es demasiado importante como para dejarlo en mis manos. Si por mí fuese, las graderías de los estadios serían una extensión de la Academia platónica, con filósofos que asistirían a los

partidos con toga, papel, pluma y la pipa arquetípica del pensador de café, y eso sería un coñazo. Los vuelos de las banderas y las canciones, el estruendo eufórico y los murmullos de inquietud, las lágrimas de los decepcionados y de los radiantes: las chifladuras ontológicas de los aficionados son imprescindibles.

Entonces, ¿en manos de quién debe estar el fútbol? En manos de todos y de nadie, repartido a más no poder; pero con la supervisión de instituciones que controlen ese reparto y que puedan ser controladas, auditadas, criticadas, juzgadas. El fútbol debe estar en manos de quienes le sepan devolver bastante de su naturaleza, de su pureza fundacional. Para eso hay que conseguir entre todos el equilibrio monetario y deportivo, para que el juego, y solo el juego, sea la diferencia fundamental entre los participantes: el talento. Hay que encaminarlo, sin que deje de ser el gran universo profesional y comercial que es, hacia su vieja esencia infantil, esa que convierte cualquier calle, cualquier plaza, cualquier rincón del mundo en una fiesta, en cuanto aparece un balón, aunque el balón sea, incluso, una lata de cerveza vacía. El fútbol ilustrado es el fútbol que más se parece al fútbol niño, sin dejar de ser también el fútbol al que hemos llegado a través de la historia.

Ayer volví de Sevilla, después de pasar tres días magníficos en unas jornadas de homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer. No sé lo que el bisabuelo Gus habría opinado del fútbol, en el caso de que hubiese existido en su época, pero creo que le hubiera gustado, porque fue un individuo mucho más terrenal de lo que suelen fabular los lectores superficiales, que se acogen al tópico melifluo y azucarado del arquetipo romántico: alguien incapaz de manejarse en el mundo, sin aptitudes de carácter práctico, visitador profesional de cementerios, fracasado en el amor y en el trabajo, a ser posible suicida, o muerto en un duelo por líos más o menos extramatrimoniales.

¿El poeta habría sido bético o sevillista? En Sevilla, ese no es un asunto cualquiera, y puede dar lugar, como poco, a discusiones enconadas entre la gente de bien. Entre los queruscos, bructerios y otros pueblos bárbaros de la ciudad, ser bético o sevillista puede originar peleas a muerte, como sabemos. (Aventuro la hipótesis —espero no ser emasculado— de que el bisabuelo Bécquer, como representante de un romanticismo de cierta ranciedad conservadora, habría sido sevillista.)

Llegué el lunes 16 y me marchaba el miércoles 18, día de la final de la Europa League entre el Sevilla y el Liverpool. Me recogió en el aeropuerto un chófer de la Diputación. Me gusta hablar durante los trayectos, aunque sea del clima. Suelo recurrir al fútbol, por gusto propio, y porque es un tema infalible entre los taxistas, los chóferes y los camareros. La gente que trabaja en contacto directo con clientes necesita, para aliviarse de conversaciones insípidas —el paso del tiempo, la política, el precio del barril de Brent,

el sentido de la existencia—, mantener de vez en cuando alguna charla trascendente acerca de algo que de verdad le apasione.

Era un señor de unos sesenta y tantos años, y debía de estar cerca de jubilarse. Hablaba con pausa, alegría y corrección. Era un sevillista genético. Me dijo que había estado en las cuatro finales europeas anteriores, y que esta de Basilea iba a ser la primera vez que no podría asistir. (Para resarcirse y consolarse, me dijo, tenía entradas para la final de este sábado contra el Barça, en el Calderón, y los billetes del AVE especial que habían «charterado». Era la primera vez que yo oía aquel verbo.)

Le dije que mi hijo jugaba en los alevines del Valencia, como introducción jabonosa, para después añadir que el Sevilla, en la semifinal del 2014, robó al Valencia la oportunidad de ser finalista. M'Bia marcó un gol de tacón estando casi dos metros en fuera de juego. Con actitud senequista, me dijo que tenía razón, pero que el partido de vuelta, en Valencia —al que él había asistido—, lo regaló el Valencia CF, porque sus jugadores habían hecho el cretino perdiendo el tiempo, tirándose al suelo y obligando al árbitro a alargar el partido seis minutos. Yo, entonces, con actitud marcoaureliana, le di la razón, y añadí que si un equipo te marca un gol de cabeza, después de un fuera de banda, en el minuto seis del descuento, toda la plantilla, incluido el cuerpo técnico, debería pedir perdón a la ciudad haciéndose el harakiri. Parecíamos dos tribunos romanos tratando con placidez de asuntos muy importantes a la República.

Mi hijo y yo también estuvimos ese día en el campo. Carlos, que hasta ahora no suele llorar cuando pierde sus partidos, y que nunca había llorado con las derrotas de sus equipos favoritos, ese día lloró, por lo inesperado y repentino del desenlace. La cara de idiota que se te queda cuando pierdes una semifinal europea en el último segundo, después de remontar un dos a cero del Sánchez-Pizjuán, solo puede ser comparable, me imagino, a la de sorprender a tu pareja en el consabido vodevil de acostarse con un familiar, o con un amigo, o con un crítico literario.

Me vinieron efluvios proustianos de fatalidad lírica: sin saberlo, allí estábamos nosotros, mi taxista y yo, en Mestalla, dos años atrás, destinados a encontrarnos pasado el tiempo y a mantener esa

conversación. Hablaba con conocimiento de la cantera sevillista, de los entrenadores que habían pasado por el club en los últimos años. Con erudición y con criterio, algo que no siempre suelen poseer los eruditos.

Cuando me dejó en la puerta del hotel, le pregunté si me tenía que llevar también él de vuelta al aeropuerto, el miércoles. Me indicó que sí, y que me recogería a las nueve de la noche. Era su último trabajo del día. Caí en la cuenta de que, como mi vuelo salía a las once menos veinte, el servicio le echaría a perder la final, cuya retransmisión empezaba a las nueve menos cuarto. Le dije que viniera a por mí a las ocho, y que se fuese corriendo a casa a ver el partido. A mí me daba igual esperar en el hotel o en el aeropuerto. Me costó convencerlo, pero apelé a la hermandad universal que el fútbol genera en los aficionados de bien, a pesar de las diferencias tribales que arrastran a los idiotas. Ahora parecíamos dos representantes de la Asamblea francesa en la época del Directorio, pongamos por caso. *Fraternité*.

El miércoles, a las ocho en punto, me recogió. Cuando llegamos al aeropuerto y abrió el maletero del coche para sacar mi equipaje, había una bolsa de plástico junto con mis bultos. La abrió y me dio la bufanda de las semifinales del 14, con los escudos y colores del Valencia y del Sevilla. Para su hijo Carlos. Aunque sea un recuerdo amargo para él, quiero que la tenga. Me dio un abrazo, se ofreció para lo que necesitara cuando volviese a Sevilla, y se marchó corriendo a una peña sevillista para ver el fútbol en compañía de un grupo de amigotes.

Yo me quedé con la bufanda en la mano, despidiéndome de él, como si sostuviera una reliquia militar arrebatada a mis ejércitos años atrás, y ahora devuelta. Estábamos a treinta y tres grados. Me puse teológico e historiográfico, como poco. Pensé en un fragmento de los *Anales*, de Tácito. El calor de Sevilla puede producir este género de alucinaciones y desvaríos.

En el año 9 después de Cristo ocurrió la llamada «catástrofe de Teutoburgo». Tres legiones romanas, comandadas por el gobernador Varo, siendo Augusto emperador, fueron aniquiladas por tribus germánicas. Murieron dieciocho mil soldados y diez mil acompañantes de la tropa. Muchos de los muertos fueron prisioneros

torturados en altares idólatras. Centenares de cabezas de los legionarios fueron clavadas en picas, como homenaje a los tenebrosos dioses desconocidos de aquellos pueblos. Seis años después de la derrota, Germánico regresó al lugar de la batalla, para recuperar huesos de los fallecidos y estandartes de la milicia. Fue un viaje, al decir de Tácito, de gran tristeza y conmiseración.

Así estaba yo, con el estandarte del Valencia en la mano. En la puerta de salidas del aeropuerto. Los asuntos deportivos tienen su reflejo en la Historia. Cosas del fútbol. Tenía ganas de contar alguna vez el asunto de Teutoburgo, y el fútbol posee su arista épica. Se ve que la primera ola de calor me ha afectado sentimental y neuronalmente.